

Faith and Immigration Statewide Summit

October 12, 2012

Chapel Hill, NC

Ismael Ruiz-Millan

Texto: Filipenses 1:3-11

³ Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de ustedes. ⁴ En todas mis oraciones por todos ustedes, siempre oro con alegría, ⁵ porque han participado en el *evangelio desde el primer día hasta ahora. ⁶ Estoy convencido de esto: el que comenzó tan buena obra en ustedes la irá *perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús. ⁷ Es justo que yo piense así de todos ustedes porque los llevo^[a] en el corazón; pues, ya sea que me encuentre preso o defendiendo y confirmando el evangelio, todos ustedes participan conmigo de la gracia que Dios me ha dado. ⁸ Dios es testigo de cuánto los quiero a todos con el entrañable amor de Cristo Jesús.

⁹ Esto es lo que pido en oración: que el amor de ustedes abunde cada vez más en conocimiento y en buen juicio, ¹⁰ para que discernan lo que es mejor, y sean puros e irreprochables para el día de Cristo, ¹¹ llenos del fruto de justicia que se produce por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.

Al igual que Pablo daba gracias por aquellos y aquellas que compartían su visión de compartir el evangelio, de la misma manera doy gracias esta mañana por cada una de sus vidas. Doy gracias por el arduo trabajo que ustedes hacen en favor de la comunidad inmigrante en esta región. Un trabajo que no es nada fácil. Un trabajo en el cual constantemente se encuentran muchos obstáculos y desafíos. Un trabajo que cansa y frustra mucho. Un trabajo en el que muchas veces uno quiere darse por vencido y perder la esperanza. Lo que es aun mas triste es que muchos de estos obstáculos y desafíos se encuentran incluso en las mismas comunidades de fe. Recuerdo en una ocasión en la cual el líder de un grupo pequeño de una iglesia con una membresía cerca de las dos mil personas me llamo para preguntarme de que maneras podían apoyar a la iglesia que en aquel tiempo pastoreaba. En ese momento me encontraba en medio de la coordinación de un taller informativo de inmigración, la idea era el dar información a las personas de las diferentes formas en que ellas podrían prepararse en caso de una deportación. Por lo que le compartí a esta

persona sobre este taller y le dije que la forma en que podían apoyarnos era proveyendo actividades para los niños mientras los adultos recibían la información. Su respuesta fue que me contactaría en los siguientes días. Después de esperar unos días y no recibir respuesta, decidí llamarle y al cuestionarlo sobre si recibiríamos el apoyo, su respuesta fue que lo sentía mucho pero que ellos podían ayudarme en compartir el evangelio de Cristo, pero que no querían estar involucrados en nada con tintes políticos.

En otra ocasión, cuando el debate sobre una reforma migratoria estaba en su apogeo, recibí un e-mail de un amiga pastora. Era un e-mail que usando varias referencias bíblicas enfatizaba la importancia de dar la bienvenida al extranjero, al inmigrante. Específicamente, era una invitación a mandar cartas y electrónicamente firmar una carta expresando apoyo por la reforma migratoria. Además, se exhortaba a mandar el e-mail al mayor número de contactos posibles. Recuerdo que mande el e-mail como a 50 personas, todos pastores y líderes de la iglesia. Para mi sorpresa, recibí una respuesta de un pastor. “Las razones por las que no puedo apoyar tu petición y una reforma migratoria son las siguientes...” El daba razones muy validas, pero también el daba otras razones no tan validas e incluso anticristianas. Por ejemplo, el decía que efectivamente la Biblia hablaba de dar la bienvenida y ofrecer hospitalidad al extranjero, pero que no decía nada sobre extranjeros ilegales. La manera en que termino su e-mail fue diciéndome que tuviera mucho cuidado con mi activismo político y que no fuera ingrato con la nación que había abierto las puertas a mi y a mi familia y que sobre todo me estaba dando de comer. Tengo que confesarles, que en ninguno de los dos casos, supe que contestar, me quede callado e incluso en el ultimo ejemplo, le pedí disculpas a este pastor. Si tuviera una segunda oportunidad de tener un dialogo con estas personas, les diría que el ejemplo que yo veo en Cristo Jesús es que el confronto los poderes de opresión, el desafío las fuerzas políticas y religiosas de

su tiempo. No de una manera violenta y desordenada. O tal vez si uso la violencia, pero la clase de violencia que el Arzobispo Oscar Romero llamo, la violencia del amor. Jesús no confronto a los poderes de aquel tiempo por mero activismo político, pero con el propósito de reconciliar a la humanidad con Dios y consigo misma. Les diría que si bien mis acciones parecieran tener un tinte político, mas bien son movidas por que observo vidas que sufren por un sistema que no funciona, que separa familias, que promueve racismo y discriminación, que va en contra de la naturaleza reconciliadora de las Buenas Nuevas del Evangelio de Cristo.

Pero que puedo decirles a ustedes, que seguramente en mas de una ocasión han enfrentado situaciones similares o peores. Las buenas nuevas son que en medio de un panorama tan oscuro, si algo nos mantiene de pie y continuando esta jornada de abogacía y acompañamiento de nuestros prójimo inmigrante, es la esperanza que tenemos en Cristo Jesús. Una esperanza que si bien, en muchas ocasiones parece ser tan ausente y lejana, otras veces es tan real y tangible. Es por eso, que quisiera usar mi tiempo no hablando de lo desafiante que es la tarea a la que ustedes le han dedicado tanto tiempo, algunos incluso hasta toda una vida, porque la realidad es que ustedes mejor que nadie saben lo desafiante que es la tarea de ministrar y abogar por la comunidad inmigrante. Más bien, me gustaría enfocar nuestro tiempo en celebrar el fruto de su trabajo. Así es, aunque a veces parezca que su trabajo no da mucho fruto, la realidad es que el grano de arena que ustedes aportan hace una gran diferencia en la vida de muchas personas. Esta mañana quisiera celebrar su trabajo, quisiera celebrar que ustedes han buscado servir fielmente a Jesús nuestro Señor a través de su trabajo y servicio a una comunidad que frecuentemente pasa desapercibida en las comunidades de este país.

Quiero celebrar y darles las gracias por la hospitalidad que ustedes han ofrecido a la comunidad inmigrante. Y para hacerlo quiero usar nuevamente las palabras del apóstol Pablo, que creo también servirá como palabra de ánimo, sobre todo cuando enfrentamos resistencia, oposición e incluso persecución por el simple hecho de buscar justicia para el inmigrante:

⁹ El amor debe ser sincero. Aborrezcan el mal; aférrense al bien. ¹⁰ Ámense los unos a los otros con amor fraternal, respetándose y honrándose mutuamente. ¹¹ Nunca dejen de ser diligentes; antes bien, sirvan al Señor con el fervor que da el Espíritu. ¹² Alégrese en la esperanza, muestren paciencia en el sufrimiento, perseveren en la oración. ¹³ Ayuden a los hermanos necesitados. Practiquen la hospitalidad. ¹⁴ ...

.¹⁷ No paguen a nadie mal por mal. Procuren hacer lo bueno delante de todos. ¹⁸ ...

²¹ No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien.(Romanos 12:9-21)

Gracias por que han decidido vencer al mal con el bien. Han decidido vencer la oposición y resistencia con diligencia y perseverancia. Pero sobre todo, gracias porque han dejado que el amor y la hospitalidad prevalezcan sobre el odio y la hostilidad. Cuando yo llegue a este país fue precisamente gente como ustedes, mujeres y hombres de fe que practicaron la hospitalidad y su amor cristiano, los que marcaron y transformaron mi vida para siempre. Por favor, no tengan duda que cada gesto de amor cristiano y hospitalidad radical que ustedes tienen hacia un inmigrante, Dios lo usa para transformar vidas.

Creo que es importante el mencionar que yo soy originario de una ciudad llamada San Luis Rio Colorado, Sonora, la cual tiene frontera con otra ciudad llamada San Luis, Arizona. Quince años de mi vida los viví en esa frontera y aun cuando los últimos cinco que viví ahí era un Cristiano muy activo en mi iglesia, nunca me interese por entender el problema migratorio o asistir a los migrantes que pasaban por mi ciudad. No fue hasta que yo me convertí en un inmigrante y que empecé a servir una comunidad inmigrante que se convirtió ya no en una opción, pero en una obligación el estar involucrado con la comunidad inmigrante aquí en Carolina del Norte. Pero,

el riesgo y la realidad que mucha gente en nuestras iglesias vive, es que el asunto de inmigración sea algo opcional, ajeno y lejano a sus vidas. A finales del año pasado Dios puso en mi corazón el regresar a mi ciudad con el fin de aprender mas del asunto migratorio. Contacte a un pastor que conocía y le exprese mi deseo de conocer lo que la iglesia esta haciendo en la frontera por la comunidad migrante, el acepto ser mi guía. Ese sentir en mi corazón se convirtió en tres viajes a la frontera este año. En cada viaje el recorrido fue el mismo. Llegamos a San Diego.

Cruzamos a Tijuana. En Tijuana visitamos un lugar conocido como “El Bordo,” se estima que un promedio de 300 migrantes deambulan en ese lugar, sin incluir los que ya dejaron de ser migrantes y se han convertido en indigentes. Se cansaron de tratar cruzar al otro lado. Se cansaron de tratar de hacer vida en Tijuana, perdieron la esperanza y se refugiaron en alcohol o drogas y ahí se quedaron. Y ahora, a muchos de ellos y ellas lo único que los mueve, la única esperanza que tienen es conseguir dinero para una botella mas, una dosis mas, aun cuando la única manera de tener un ingreso sea poniendo a la venta su cuerpo. En este mismo lugar, un grupo de pastores y yo fue donde encontramos a dos jóvenes, uno de ellos se acerco hablando ingles con acento sureño, no lo podíamos creer. Su historia fue que el fue llevado a EU de muy niño y había sido deportado hace unos meses, no conocía a nadie en México y no podía regresar a EU por que corría el riesgo de ser arrestado por haber tratado de cruzar ya varias veces.

También visitamos “El Parque de la Amistad”. Este parque que en algún momento fue punto de reunión donde familias en ambos lados de la frontera podían tocarse, compartir alimentos, e incluso participar de La Comunión con personas de diferentes denominaciones, ahora es solo eso, un recuerdo pero a la vez un símbolo permanente de que en lugar de que existan mas muros, mas puentes de unidad, lo único que se sigue multiplicando son los muros. De hecho, en mi primer visita, al estar observando el lugar exacto donde las familias se reunían, se oía un ruido

ensordecedor que en verdad molestaba, el cual provenía de las maquinas trabajando en una extensión del muro que iba mar adentro. Así deber de ser, nos debe molestar el ruido de la maquinaria de los poderes que siguen construyendo muros en lugar de derribarlos y construir puentes. Visitamos también diferentes alberges. Estos albergues reciben un promedio de 130 deportados al día. Dolía el corazón el ver el desanimo y decepción de estas personas, muchas deportadas, otras intentando cruzar por primera vez, otras a punto de intentar otra vez. Fue en uno de estos albergues que preguntamos si tenían sugerencias para ayudar a la comunidad inmigrante en Carolina del Norte, “compartan nuestras historias y díganles que no somos criminales” fue su respuesta. Tuvimos la oportunidad de caminar en el desierto con el grupo de ayuda de los Samaritanos. Algo que personalmente impacto mi vida fue que en las dos ocasiones que fuimos al desierto, las personas que nos guiaron decían que no se consideraban personas religiosas, e incluso me atrevo a decir que no se identificarían como cristianas. Sin embargo, uno de ellos dijo que a el no le importaría morir en el desierto o ir a la cárcel con tal de ayudar a un inmigrante. Una de ellas dijo algo así, para mi una ley moral es mas grande que una ley humana, para mi la preservación de una vida es primero que una ley humana. Ambas personas forman parte del grupo de ayuda llamado Samaritanos, y si que viven la parábola del buen samaritano. Algo que encontramos en común en cada una de las jornadas es que lo más significativo es el escuchar y reflexionar sobre las historias compartidas por cada mujer y cada hombre que encontramos. Además, fue muy impactante el escuchar una y otra vez, “compartan nuestras historias y hagan saber a las personas que nos tachan de criminales que no somos criminales, que solo buscamos una mejor opción de vida”. Cada historia que escuchamos, nos impacto, nos hizo reflexionar acerca de nuestra humanidad y cristiandad haciéndonos preguntas como: ¿Acaso estoy haciendo lo suficiente por la comunidad inmigrante que vive cerca de mí?

¿He sido lo suficientemente intencional para confrontar comentarios ignorantes y malintencionados referentes a la comunidad inmigrante? ¿Me he informado e involucrado en la aprobación de propuestas que corrijan las leyes migratorias actuales? Y la lista sigue. Pero, esta mañana doy gracias a Dios porque ustedes fácilmente pueden contestar que si a cada una de estas preguntas. Doy gracias por su amor cristiano y sus gestos de hospitalidad los cuales les aseguro han cambiado la historia de muchas de estas personas. Historias que por lo general son tristes, donde hay sufrimiento, donde hay pobreza, donde hay enfermedad y muerte. No es esto un motivo de dar gracias a Dios, el que por medio de compartir la historia del evangelio por medio de nuestro amor y actos de hospitalidad, la historia de vida de otra persona sea alterada para bien. Gracias también por su asertividad y valor al confrontar sin temor los poderes que son (the powers that be), porque aunque nuestra lucha no es contra sangre ni carne, “*sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales*”. La realidad es que estos poderes, estas potestades, estas fuerzas espirituales malignas se materializan en los sistemas que oprimen a este mundo. En otras palabras, con su asertividad y confrontación valerosa en contra de los poderes que oprimen a los inmigrantes están también confrontando al maligno directamente.

Quiero terminar con la siguiente historia. En la primera visita que tuve a la frontera tuve la oportunidad de compartir una comida con una mujer indocumentada. Ella compartió la increíble historia de su esposo, el cual fue arrestado en una redada llevada a cabo por la gente de Joe Arpio y posteriormente deportado. Ella nos contaba que la noche que fue deportado se encontraba llorando en la sala de su casa, y que ella le reclamaba a Dios por lo sucedido. Al día siguiente su iglesia le informó que iniciarían una cadena de oración por su esposo y que no pararían hasta que sucediera un milagro. Después de unos meses, agentes del ICE tocaron a su puerta y ella abrió

la puerta esperando lo peor. Los agentes le explicaron que buscaban a su esposo a lo que ella les contesto que había sido deportado. Los agentes le dijeron que lo localizara y que le dijera que tenía que regresar para ser testigo en un caso en contra de la oficina de Joe Arpiao. Con mucho esfuerzo, convenció a su esposo para que regresara a la frontera, al llegar a la frontera los agentes lo encontraron y escoltaron al interior de Estados Unidos nuevamente. Al terminar de contar su historia, con lagrimas en los ojos, nos dijo, díganle a la gente allá en Carolina del Norte que los milagros todavía existen. Los milagros todavía existen. Vale la pena su lucha. Vale la pena su servicio. Sigán confrontando los poderes y fuerzas malignas que oprimen este mundo y consecuentemente cambiando la historia de muchas otras vidas. Sigán adelante, sigamos adelante, porque cuando menos los esperemos, el milagro por el que tanto oramos, por el que tanto luchamos, será una realidad.